

CIBERTEOLOGÍA

BIBLIOTECA HERDER
Dirigida por Francesc Torralba

ANTONIO SPADARO

CIBERTEOLOGÍA

PENSAR EL CRISTIANISMO EN TIEMPOS DE LA RED

Traducción de
ANTONI MARTÍNEZ RIU

Herder

Título original: Cyberteologia. Pensare il cristianesimo al tempo della rete

Traducción: Antoni Martínez Riu

Diseño de portada: Stefano Vuga

© 2012, *Vita e Pensiero, Milán*

© 2014, *Herder Editorial, S. L., Barcelona*

ISBN: 978-84-254-3271-2

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del Copyright está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: XXXXXXXXX

Depósito legal: B - XXXX - 2014

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

*Para Samuele,
feliz por mi responsabilidad de padrino
y por su curiosidad
y su sonrisa*

ÍNDICE

Prólogo	13
 1. Internet entre teología y tecnología	21
Internet y la vida cotidiana	22
La levedad de los dispositivos	24
Una <i>re-forma mentis</i>	26
La espiritualidad de la tecnología.....	30
Lenguaje informático e inteligencia de la fe	37
«Salvar», convertir, justificar, compartir... ..	39
¿Qué es la ciberteología?	42
 2. El hombre decodificador	
y el motor de búsqueda de Dios	49
La capacidad de escuchar música como ambiente	49
La mezcla (audio) de la obediencia	51
El supermercado de la fe.....	53
El hombre decodificador	
y los contenidos «orbitales»	54
El Evangelio y las mercancías.....	57
La búsqueda de sentido no está motorizada	58

3. Cuerpo místico y conectivo.....	63
La red es un lugar «cálido».....	63
¿Quién es mi «prójimo»?.....	65
¿Dónde está mi «prójimo»?.....	68
¿Una Iglesia «líquida»?.....	70
¿Una Iglesia <i>hub</i> ?.....	74
¿Sarmientos o hilos de red?.....	78
La apertura de una «isla de sentido».....	81
Autoridad, jerarquía e internet.....	84
Los contenidos pasan por las relaciones.....	88
 4. Ética <i>hacker</i> y visión cristiana.....	 91
¿Quiénes son los <i>hackers</i> ?.....	91
El esfuerzo gozoso de la creación.....	94
El excedente cognitivo y la cuestión de la autoridad ...	97
La catedral y el bazar.....	99
La revelación en el bazar.....	103
El don en tiempos de la red: ¿ <i>peer-to-peer</i> o <i>face-to-face</i> ?.....	106
El don que se da gratis.....	110
El excedente de la gracia y el excedente cognitivo	113
 5. Liturgia, sacramentos y «presencia virtual».....	 119
Del micrófono sobre el altar a la oración del avatar.....	120
¿Hay sacramentos en internet?.....	122
¿Es el <i>networking</i> experiencia de comunión?.....	125
La liturgia y su «reproductibilidad técnica».....	127
El acontecimiento litúrgico: entre presencia virtual e interfaz gráfica.....	132
La lógica de la pantalla.....	136

Índice

El texto «flotante» y la resistencia litúrgica	138
Realidad «aumentada» y sacramento.....	142
El problema y los desafíos: el hombre en red quiere orar	144
6. Los desafíos teológicos de la «inteligencia colectiva»....	149
Pierre Lévy: cómo pensar el «entendimiento colectivo».....	150
«Lo que fue teológico se convierte en tecnológico»	152
Pierre Teilhard de Chardin y el camino hacia la noosfera.....	154
Un sistema nervioso planetario.....	158
Un «Centro distintivo que irradia en el corazón de un sistema de centros».....	160
Una red «eucarística»	163
Una inteligencia convergente	165
Bibliografía.....	167
Índice de nombres	181

PRÓLOGO

Is the Internet Changing the Way You Think? Este es el título de una colección de entrevistas sobre el impacto de la red en nuestra vida, colección aparecida en Estados Unidos en 2011, publicada por John Brockman. ¿Está cambiando Internet nuestra manera de pensar? Las recientes tecnologías digitales no son ya *tools*, esto es, instrumentos completamente externos a nuestro cuerpo y a nuestra mente. La red no es un instrumento, sino un «ambiente» en el que vivimos. Los «dispositivos», es decir, los objetos que tenemos al alcance de la mano (a menudo no más grandes que la mano) y que nos permiten estar siempre conectados, tienden a aligerarse, a perder consistencia, para ser transparentes en consonancia con la dimensión digital de la vida. Son puertas abiertas que pocas veces se cierran. ¿Quién apaga ya un iPhone? Lo recargamos, lo «silenciamos», pero pocas veces lo apagamos. Los hay que ni saben cómo se apagan. Y si tenemos un *smartphone* encendido en el bolsillo, estamos siempre dentro de la red.

Por consiguiente, aumenta el número de estudios sobre cómo cambia nuestra vida cotidiana debido a la red y cómo cambia, en general, nuestra relación con el mundo y las personas que están a nuestro lado. Pero, si la red cambia nuestro modo de vivir y de pensar, ¿no cambiará (ya lo está cambiando) también nuestro modo de pensar y vivir la fe?

La pregunta ha tenido en mi caso una génesis precisa. En enero de 2010 había recibido de monseñor Domenico Pompili, director de la Oficina para las Comunicaciones Sociales de la Conferencia Episcopal Italiana, la invitación a dar una conferencia en un gran simposio que llevaba el título de *Testimoni digitali*. Se me pedía hablar sobre fe e internet. Hasta ese momento, y desde 1999, había escrito para *La Civiltà Cattolica* muchos artículos sobre aspectos particulares de la red o sobre las distintas redes sociales. En cierto modo continuaba la tradición de fuerte implicación que mantenía la revista —de la que soy director desde octubre de 2001—, iniciada por el padre Enrico Baragli, verdadero pionero de los estudios sobre *mass media*, y continuada por el padre Antonio Stefanizzi con artículos sobre las nuevas tecnologías de la comunicación.

Cuando recibí la petición de monseñor Pompili, había escrito ya dos libros sobre el tema: *Connessioni. Nuove forme della cultura al tempo di internet* (2006) y *Web 2.0. Reti di relazione* (2010). Pero aquella invitación hizo que de alguna manera me sintiera incómodo. Entendía que no se me estaba pidiendo una exposición fenomenológica de los instrumentos de la red de cara a la evangelización. No se me pedía una reflexión sociológica sobre la religiosidad en internet. O, por lo menos, estas reflexiones no me parecían suficientes. Recuerdo que, cuando intenté articular un discurso, me quedé en blanco ante la pantalla de mi ordenador sin saber cómo empezar ni qué debía escribir. Entendía que era necesario componer un discurso «teológico». Era el momento de decir algo que fuera fruto del impulso cognoscitivo que la fe irradia por sí misma en tiempos como los nuestros, en los que la lógica de la red marca el modo de pensar, de conocer, de comunicar y de vivir.

Entonces comencé a explorar un territorio que me pareció, desde el comienzo, todavía salvaje y poco visitado. La búsqueda de bibliografía me llevó a comprobar que ya se había escrito mucho sobre la dimensión pastoral, que entiende la red como

un instrumento de evangelización. Pero, en cambio, la reflexión teológica desde un punto de vista sistemático me pareció poco explorada. Mis preguntas eran: ¿qué impacto ejerce la red sobre nuestra manera de comprender la Iglesia y la comunión eclesial? ¿Y qué impacto ejerce sobre el modo como pensamos la revelación, la gracia, la liturgia, los sacramentos... y demás temas clásicos de la teología? Mi relación del 23 de abril de 2010 en el congreso *Testimoni digitali* fue el primer paso de una reflexión personal que considero todavía en período de construcción.

La exigencia de afrontar con coraje estas preguntas comienza a ser compartida. El papa Benedicto XVI se dirigió de esta manera, el 28 de febrero de 2011, a los participantes en la asamblea plenaria del Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales:

No se trata solamente de expresar el mensaje evangélico en el lenguaje de hoy, sino que es preciso tener el valor de pensar de modo más profundo, como ha sucedido en otras épocas, la relación entre la fe, la vida de la Iglesia y los cambios que el hombre está viviendo. Es el compromiso de ayudar a quienes tienen responsabilidades en la Iglesia para que puedan entender, interpretar y hablar el «nuevo lenguaje» de los medios de comunicación en función pastoral (cf. *Aetatis novae*, 2), en diálogo con el mundo contemporáneo, preguntándose: ¿qué desafíos plantea a la fe y a la teología el llamado «pensamiento digital»? ¿Qué preguntas y exigencias?

El mundo de la comunicación afecta a todo el universo cultural, social y espiritual de la persona humana. Si los nuevos lenguajes tienen impacto sobre el modo de pensar y de vivir, esto también atañe, de alguna forma, al mundo de la fe, a su inteligencia y su expresión. La teología, según una definición clásica, es inteligencia de la fe, y sabemos bien que la inteligencia, entendida como conocimiento reflexivo y crítico, no es ajena a los actuales cambios culturales. La cultura digital plantea nuevos desafíos a

nuestra capacidad de hablar y de escuchar un lenguaje simbólico que hable de la trascendencia. Jesús mismo, al anunciar el reino, supo utilizar elementos de la cultura y del ambiente de su tiempo: el rebaño, los campos, el banquete, las semillas, etc. Hoy estamos llamados a descubrir, también en la cultura digital, símbolos y metáforas significativas para las personas, que puedan servir de ayuda al hablar del reino de Dios al hombre contemporáneo.

El libro que el lector tiene ahora en sus manos es, pues, mi primera respuesta a esta llamada que ya respira un aire amplio y ecuménico. No obstante, pensar la fe en tiempos de la red no es solo una reflexión al servicio de la fe. La apuesta es más elevada y global. Si los cristianos reflexionamos sobre la red, no es solo para aprender a «usarla» bien, sino porque estamos llamados a ayudar a la humanidad a comprender el significado profundo de la red misma en el proyecto de Dios: no como un instrumento que se «usa», sino como un ambiente en el que se «vive». Como escribí en 2005 Juan Pablo II en su carta apostólica *El rápido desarrollo*, «la Iglesia, que es maestra de humanidad en virtud del mensaje de salvación confiado por su Señor, siente el deber de dar su propia contribución en aras de una mejor comprensión de las perspectivas y de las responsabilidades que conlleva el actual desarrollo de las comunicaciones sociales» (n.º 10). Esta es la mayor contribución de la Iglesia a la red, por lo menos desde su propio punto de vista: ayudar al hombre a entender mejor el significado profundo de la comunicación y de los medios de comunicación, sobre todo porque «influyen sobre la conciencia de los individuos, conforman su mentalidad y determinan su visión de las cosas» (*ibid.*). En el desarrollo de la comunicación, la Iglesia ve la acción de Dios que mueve a la humanidad hacia un cumplimiento. Internet, con la capacidad de ser, por lo menos en potencia, un espacio de comunicación, forma parte del camino del hombre hacia este cumplimiento en Cristo.

Conviene, por tanto, mantener una mirada espiritual sobre la red, viendo a Cristo, que llama a la humanidad a estar cada vez más unida y conectada.

Una advertencia, no obstante: no soy ni un sociólogo ni un «técnico». Partiendo de mi formación académica de carácter humanista, primero filosófica y luego teológica, he llegado a la reflexión sobre la red desde la crítica literaria, de la que me ocupo desde 1994 para *La Civiltà Cattolica*. Ha sido la lectura crítica de la poesía la que me ha llevado a interesarme por las tecnologías y solo la teología ha sido capaz de darme la necesaria curiosidad y las categorías precisas para comprenderlas. Me ha servido de ayuda e inspiración la experiencia de Marshall McLuhan, que afrontó los nuevos medios de comunicación con una mirada innovadora de crítico literario y pensador católico, y no de sociólogo.

El poeta Gerard Manley Hopkins fue quien me ayudó a entender el papel de la innovación tecnológica, y el *jazz* me llevó a entender el papel de las redes sociales; pero han sido los teólogos —de Tomás de Aquino a Teilhard de Chardin— quienes me han iluminado sobre las fuerzas que hacen del hombre un ser activo en el mundo, partícipe de la creación, y que levantan al hombre hacia una meta que lo supera, mucho más allá de cualquier excedente cognitivo. Es la búsqueda incesante de sentido lo que me ha hecho entender el valor del cable USB que tengo en la mano. Y sé que mi iPad tiene que ver también con mi inextinguible deseo de conocer el mundo, mientras que mi Galaxy Note me dice (incluso callada) que yo no estoy hecho para estar solo. Pero fue la poesía de Whitman la que me hizo saborear el progreso. Y es Eliot quien me avisa que no debo caer en sus trampas. Pero es también Flannery O'Connor quien me hace entender que «la gracia vive en el mismo territorio que el diablo» y que poco a poco lo invade. Y entiendo, por tanto, que, aun viendo tantos males en la red, no puedo detenerme a dormirme en los laureles de un juicio negativo, si quiero ver a Dios en la obra del mundo. Y cuando veo que la corriente eléctrica

llega a mi ordenador y lo enciende y lo pone en marcha prodigiosamente, es la poesía de Karol Wojtyła, leyendo en la pantalla el texto de la confirmación, la que me acompaña en mi asombro.

La tecnología expresa el deseo del hombre de una plenitud que siempre lo supera tanto en el aspecto de presencia y relación como en el aspecto de conocimiento: el ciberespacio subraya nuestra finitud y reclama plenitud. Buscar esa plenitud significa de alguna manera actuar en un campo en el que la espiritualidad y la tecnología se entremezclan.

Obviamente, las páginas que siguen deben ser consideradas como una introducción a un trabajo que está, y estará siempre, *in progress*. A partir de aquel 23 de abril de 2010 comencé a escribir en *La Civiltà Cattolica* una serie de artículos que luego me han llevado a confrontar mi reflexión en varios congresos y encuentros, en Italia y en el extranjero; por ejemplo, en Brasil, donde la Conferencia Episcopal de ese país organizó un seminario reservado a los obispos y dedicado precisamente a la comunicación en la red. Si he continuado con mis reflexiones ha sido gracias también al sapiente estímulo recibido del Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales, sobre todo por parte de monseñor Claudio Celli, y al aliento intelectual del Consejo Pontificio para la Cultura, encarnado sobre todo en la persona del cardenal Gianfranco Ravasi. Me honra sobremanera el nombramiento de consultor para ambos dicasterios vaticanos.

Aunque la parte fundamental de la reflexión que he definido como «ciberteología» está presente parcialmente en algunos artículos en *La Civiltà Cattolica*, he creído necesario abrir mi reflexión a la confrontación y al debate en la red. Y así el 1 de enero de 2011 inicié el blog *Cyberteologia.it* y luego la página en Facebook *Cybertheology*, una cuenta en Twitter (@antoniospadaro) y el periódico *The CyberTheology Daily* (<http://cyber-theology.net>), que es un servicio de *content curation* (curación de contenidos), así como una serie de otras iniciativas. De este modo he intentado

«socializar» la reflexión. Desde abril de 2011, por último, tengo a mi cuidado una colaboración mensual sobre ciberteología en la revista *Jesus*.

Este libro es, por tanto, parte de un «ecosistema» de reflexiones, que se ha desarrollado en muchos coloquios e intercambios de ideas con estudiosos y amigos que me han ayudado a vivir esta búsqueda también como fruto de un compartir amplio y profundo. Me siento sinceramente satisfecho de esta confrontación.

Al poner este libro en manos del lector, quisiera retomar algunos elementos que componen una especie de premisa conceptual. Ante todo, ratifico que la pregunta correcta para empezar a leerlo se refiere al nuevo contexto existencial generado por los medios y al consiguiente «cambio antropológico». ¿Cuál es su significado para la fe? ¿En qué mundo vivimos? ¿Es el mismo de siempre? Vivimos también en un territorio digital. ¿Qué valor asume, en la era digital, el hecho de que «el Verbo se hizo carne y habitó *entre nosotros*»?

Me parece importante, además, recordar que la intención del libro es abrir escenarios y alimentar el deseo de no detenerse ante los «prodigios» de la técnica, sino ir al fondo de las cosas y comprender en qué sentido cambia el mundo y cómo este cambio tiene un impacto en la vida de la fe. Las tecnologías son «nuevas» no simplemente porque son diferentes respecto de lo que las precede, sino porque cambian en lo hondo el concepto mismo de experiencia. Se trata de evitar la ingenuidad de creer que están a nuestra disposición sin que modifiquen en absoluto nuestro modo de percibir la realidad. La tarea de la Iglesia, como la de todas las distintas comunidades eclesiales, es acompañar al hombre en su camino, y la red forma parte integrante del recorrido humano de un modo irreversible.

6 de agosto de 2011

Vigésimo aniversario de la web

INTERNET ENTRE TEOLOGÍA Y TECNOLOGÍA

Setenta años después del primer tren comercial, se publicaba la novela *Jude el oscuro* (1895) de Thomas Hardy. En aquellas páginas Sue Bridehead responde así a Jude, que le pide ir a sentarse a la catedral: «¿A la catedral? Sí. Aunque yo preferiría ir a la estación —contestó con la voz enfadada todavía—. Ahora está allí el centro de la vida de la ciudad. ¡La catedral tuvo su tiempo!». La estación, en este diálogo, no es un «no lugar», un lugar de tránsito veloz, sino que es el centro de las comunicaciones, incluso el corazón de la ciudad, «ambiente» simbólico también y no simple depósito de un «medio» de transporte. Si se pudo decir esto de la estación, con mayor razón podemos decirlo hoy de la red.

El historiador Harold Perkin escribió que los hombres que construyeron el ferrocarril no estaban creando solamente un medio de transporte, sino que, al contrario, estaban contribuyendo a la creación de una nueva sociedad y de un mundo nuevo.¹ A mediados del siglo XIX, el ferrocarril no se consideraba simplemente una «experiencia» más, sino que a menudo era visto como una «revolución», la *railway revolution*,² e incluso como una metáfora cultural. Es

1. Cf. H. Perkin, *The Age of the Railway*, Londres, Panther, 1970.

2. Cf. a título de ejemplo: <http://www.historyofyork.org.uk/themes/therailway-revolution>

interesante observar que todo invento —desde la rueda en adelante— que ha permitido a los hombres intensificar las comunicaciones y los intercambios, pasando por la imprenta, el ferrocarril, el telégrafo, ha sido considerado revolucionario. Es el caso también de internet. Si esa dimensión de «revolución» ayuda a comprender la relevancia social de las innovaciones, también supone el riesgo, por otra parte, de oscurecer una consideración más importante sobre estas: responden a «antiguos» deseos. Como lo fue el ferrocarril de 1825, también internet en torno a 1980 ha sido considerada una revolución. Y, no obstante, es necesario echar por tierra el mito de que la red es una absoluta novedad de «nuestros» tiempos.

INTERNET Y LA VIDA COTIDIANA

En realidad la red es una réplica de antiguas formas de transmisión del saber y de la vida común; pone a la vista nostalgias, da forma a deseos y valores tan antiguos como el ser humano. Cuando dirigimos la mirada a internet hay que ver no solo las perspectivas de futuro que ofrece, sino también los deseos que ha tenido siempre el ser humano, y a los que intenta dar respuesta: relaciones, comunicación y conocimiento. Sí, la tecnología lleva siempre encima un aura que provoca estupor y también inquietud. Pero ¿cuáles son los motivos que causan estos sentimientos? Probablemente el hecho de que lo que la tecnología es capaz de realizar corresponde a antiguos deseos y a miedos profundos. Si no fuera así, sus innovaciones no nos afectarían tanto, maravillándonos o intimidándonos.

Internet es una realidad que forma ya parte de la vida cotidiana de muchas personas. Hablando en general, no sería posible eliminar sin más internet y volver a una época «inocente», puesto que el propio funcionamiento de nuestro mundo «primario», desde los transportes hasta las comunicaciones de todo tipo, se fundamenta en la existencia de este mundo que denominamos

«virtual».³ Además la red es hoy un lugar que hay que frecuentar para estar en contacto con los amigos que viven lejos, leer noticias, comprar un libro o hacer la reserva de un viaje, compartir intereses, ideas, etc.: «Es un espacio del hombre, un espacio humano porque está poblado de hombres. No constituye un contexto anónimo aséptico, sino un ámbito antropológicamente cualificado».⁴

Es un espacio de experiencias que cada vez más se va volviendo parte integrante, de una manera fluida, de la vida cotidiana: un «nuevo contexto existencial».⁵ La red, por tanto, no es en absoluto un simple «instrumento» de comunicación que se puede usar o no, sino que se ha convertido en un espacio, un «ambiente»⁶ cultural, que determina un estilo de pensamiento y que crea nuevos territorios y nuevas formas de educación, contribuyendo a definir también una nueva manera de estimular la inteligencia y de estrechar las relaciones, un modo incluso de habitar el mundo y de organizarlo.⁷ No un ambiente separado, sino integrado cada vez más, conectado con el de la vida cotidiana. En consecuencia, no un «lugar específico» donde entrar en determinados momentos para vivir *on line*, y de donde salir para volver a entrar en la vida *off line*.

En efecto, uno de los mayores desafíos, en especial para los que no son «digitales nativos», es dejar de ver la red como una realidad

3. Cf. J. Ottmar, «Ciberética: ¿nuevos desafíos o antiguos problemas?», en *Concilium: Revista Internacional de Teología* 309 (2005), pp. 15-28. Cf. también G. Granieri, *Umanità accresciuta. Come la tecnologia ci sta cambiando*, Roma-Bari, Laterza, 2009.

4. D. Pompili, *Il nuovo nell'antico. Comunicazione e testimonianza nell'era digitale*, Cinisello Balsamo (MI), San Paolo, 2011, p. 62.

5. Así lo definen los *Orientamenti pastorali dell'Episcopato italiano per il decennio 2010-2020*. Cf. D. Pompili, *Il nuovo nell'antico*, op. cit., p. 119.

6. Cf. J. Ellul, *Il sistema tecnico. La gabbia delle società contemporanee*, Milán, Jaca Book, 2009, pp. 55-74.

7. Cf. A. Spadaro, *Connessioni. Nuove forme della cultura al tempo di internet*, Bologna, Pardes, 2006, y C. Giaccardi (ed.), *Abitanti della rete. Giovani, relazioni e affetti nell'epoca digitale*, Milán, Vita e Pensiero, 2010.

paralela, esto es, separada de la vida de todos los días, y acostumbrarse a ver en ella un espacio antropológico entretejido por la raíz con los otros espacios de la vida. La tecnología, en lugar de hacernos salir de nuestro mundo para navegar por el mundo virtual, ha introducido el mundo digital *dentro* de nuestro mundo ordinario. Los medios digitales no son puertas de salida de la realidad, sino «prótesis», extensiones capaces de enriquecer nuestra capacidad de vivir las relaciones e intercambiar informaciones.

LA LEVEDAD DE LOS DISPOSITIVOS

La red tiende cada vez más a hacerse transparente e invisible, tiende exponencialmente a no ser ya «otra cosa» respecto de nuestra vida cotidiana. Además, lo sabemos bien: para estar *wired*, es decir, conectados, no hay necesidad de encontrarnos sentados ante el ordenador, sino que basta con tener un *smartphone* en el bolsillo,⁸ quizá con el servicio de notificaciones *push* activado.⁹ La red es un plano de la existencia cada vez más integrado con otros planos, y los medios de comunicación parecen estar «disueltos» en el ambiente.¹⁰

Pensemos, por ejemplo, en un objeto como el iPad o las tabletas dotadas de sistema Android posteriores al éxito del dispositivo de Apple. Los tiempos de encendido son del todo irrelevantes, así como los de apertura de los diversos programas: es posible pasar

8. Pero ya se perfila en nuestro horizonte la llamada *Internet of Things*, o «internet de las cosas», con la que será posible monitorear un ambiente con una red de pequeños sensores insertos en los objetos.

9. La tecnología *push* permite recibir datos actualizados cada vez que el dato mismo cambia, a iniciativa del servidor, sin necesidad de pedir explícitamente una actualización. El ejemplo clásico es la notificación *push* de los mensajes de correo electrónico.

10. Cf. D. Pompili, *Il nuovo nell'antico*, op. cit., pp. 66-68.

ágilmente de un programa a otro de una manera fluida. No existe además nada que me separe de la pantalla: todo se activa con los dedos de la mano, tocando la pantalla. Incluso cuando se quiere escribir un texto con un teclado, este aparece en la pantalla que se toca directamente; y el teclado desaparece cuando ya no se utiliza. Solo en apariencia esas características son superficiales, a nivel antropológico. En realidad, cambian radicalmente las formas de aproximarse a un objeto tecnológico y a la práctica del mundo digital. La relación con la pantalla se vuelve física y el dedo (o los dedos) entra virtualmente *dentro* de la pantalla. Y a ello se añade el hecho de que tratamos con un objeto ligero (unos 600 gramos), que se puede sostener con la mano y que no requiere para ser usado una postura particular, como es el caso del ordenador de mesa.

Es una evidencia empírica que los pulsadores en general están desapareciendo y que la tecnología *touch screen* forma parte de nuestra vida cotidiana: del uso del cajero automático a los *check in* rápidos del aeropuerto, pasando por las balanzas electrónicas ya muy habituales en los supermercados normales. Con el iPad esta modalidad de relación con los medios digitales se radicaliza, y tienden a desaparecer las barreras visibles entre usuario y producto. De este modo el medio se convierte en una ventana, el acceso a un espacio, un marco abierto al mundo de la red.

Si consideramos la sencillez de uso de un iPad, de las tabletas y de sus aplicaciones, la «máquina» empieza a perder su aura tecnológica y deja espacio a una relación más inmediata y directa, privada de mediaciones visibles. La espera, el umbral y la abstracción (ratón y teclado) se reducen sensiblemente. La máquina que produce esas descargas eléctricas que excitan pequeños cristales en la pantalla o partículas ferrosas en un disco rígido desaparece de nuestra consideración. El objeto se vuelve, de algún modo, «transparente» para la persona que lo lleva en la mano.

Pensemos en tantas acciones como somos capaces de llevar a cabo gracias a instrumentos tan ligeros y portátiles como el iPad,

el iPhone y todos los *smartphones* Android, sin tener que depender de un espacio determinado y de un tiempo determinado, ni de nuestra misma presencia física: asistimos a acontecimientos o a conferencias sentados a la mesa de nuestro escritorio, yendo por el mundo «como si» estuviéramos en el mismo lugar en que acontecen, hablamos con personas que viven en la otra parte del planeta, etc. Hay, pues, un evidente desplazamiento de lo biológico a lo inmaterial y una fusión entre cuerpo e instrumentos tecnológicos.

UNA RE-FORMA MENTIS

El hombre, por tanto, no es inmune al modo como manipula la realidad: no solo se transforman los medios con los que comunica, sino que cambia él mismo y su cultura. Los diversos instrumentos que a lo largo de la historia el hombre ha inventado y ha tenido a su disposición han incidido a gran escala en su modo de vivir y de ser él mismo. Componiendo en síntesis casi una historia de la experiencia humana de la técnica, Pierre Lévy, célebre estudioso de las implicaciones culturales de la información, ha escrito:

Es ese mismo hombre quien habla, entierra a sus muertos y talla el sílex. Al propagarse hasta nosotros, el fuego de Prometeo cuece los alimentos, endurece la arcilla, funde los metales, alimenta la máquina de vapor, corre por los cables de alta tensión, quema en las centrales nucleares, explota en las armas de guerra y las máquinas de destrucción.

Lévy se pregunta retóricamente en estas páginas: «¿Vienen las técnicas de otro planeta, el mundo de las máquinas, frío, sin emoción, extraño a todo significado y a todo valor humano, como una cierta tradición de pensamiento tiende a sugerirlo?». Y su respuesta es clara: «Me parece, por el contrario, que no solo las técnicas son

imaginadas, fabricadas y reinterpretadas en el uso de los hombres, sino que es incluso el uso intensivo de los útiles lo que constituye la humanidad en cuanto tal», o mejor, lo que ha contribuido de una manera determinante a su constitución tal como la conocemos. Dicho brevemente: «el mundo humano de entrada es un mundo técnico».¹¹ Así la humanidad del hombre se desarrolla a través de la arquitectura, que le da cobijo y lo acoge; a través de la rueda y la navegación, que le abren nuevos horizontes; a través de la escritura, el teléfono y el cine, que lo llenan de signos. Pensemos en la invención del alfabeto, que tuvo una importancia determinante en muchos aspectos, incluso en el de la convivencia política; es posible ser ciudadano en sociedades complejas porque las leyes se escriben (y se leen). El hombre no sería lo que es sin la existencia del fuego, de la rueda, del alfabeto...

El hombre, además, siempre ha intentado interpretar el mundo mediante tecnologías que le han permitido representar de un modo analógico la realidad, como para la perspectiva lo han hecho la fotografía o el cine: representaciones que abren nuevos espacios cognitivos de interacción entre el sujeto y el mundo externo. La «tecnología», por tanto, no es un conjunto de objetos modernos y vanguardistas.¹² Forma parte del obrar con el que el ser humano ejerce su capacidad de conocimiento, de libertad y de responsabilidad.¹³

11. P. Lévy, *Cibercultura. La cultura de la sociedad digital*, Informe al Consejo de Europa, Rubí (Barcelona)-Iztapalapa (México), Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana, 2009, pp. 5 s.

12. Cf. S. Turkle (ed.), *La vita nascosta degli oggetti tecnologici*, Milán, Ledizioni, 2009. En el MoMa de Nueva York se montó una muestra sumamente interesante sobre la relación entre el hombre y los objetos. Véase el catálogo en P. Antonelli, *Talk to Me. Design and the Communication between People and Objects*, Nueva York, MoMa, 2011.

13. A este propósito sería necesario volver a las amplias reflexiones del sociólogo y urbanista estadounidense Lewis Mumford, que en su *Technics and Civilisation* (Nueva York, Harcourt Brace, 1934) escribía una especie de historia

La red, por tanto, es necesariamente una realidad que atañe cada vez más a la existencia del creyente e incide en su capacidad de comprender la realidad y, en consecuencia, en su fe y su modo de vivirla.

Actuando sobre el mundo de la vida, los procesos mediáticos llegan a dar forma a la misma realidad. Intervienen de un modo incisivo en la experiencia de las personas y permiten una ampliación de sus potencialidades humanas. Del influjo más o menos consciente que ejercen depende en buena medida la percepción que tenemos de nosotros mismos, de los demás y del mundo. Han de ser considerados, sin ninguna clase de prejuicios, como recursos, pese a exigir una mirada crítica y un uso prudente y responsable.¹⁴

Es evidente que la red, con todas sus «innovaciones de raíces antiguas», no puede dejar de ejercer un efecto sobre la comprensión de la fe y de la Iglesia. La lógica de la web puede modelar la lógica teológica, e internet ya plantea interesantes desafíos a la comprensión misma del cristianismo, evidenciando tanto conformidades manifiestas como posibles incompatibilidades.

Ya en la *Redemptoris missio* —esto es, en 1990, un año antes del «invento» de la web y tres años antes de su uso efectivo— leíamos que el trabajo con los denominados medios

no tiene solamente el objetivo de multiplicar el anuncio. Se trata de un hecho más profundo, porque la evangelización misma de la cultura moderna depende en gran parte de su influjo. No basta,

de la máquina y de sus efectos sobre el hombre y las consiguientes relaciones entre saber y saber hacer (trad. cast.: *Técnica y civilización*, trad. de C. Aznar de Acevedo, Madrid, Alianza, 2002).

14. Conferencia Episcopal Italiana, *Educare alla vita buona del Vangelo. Orientamenti pastorali dell'Episcopato italiano per il decennio 2010-2020*, n.º 51.